

## PERDONO... ¿PERO NO OLVIDO? Lucas 23: 32-34

¿Es realmente posible perdonarlo todo, perdonar siempre y perdonar rápido? Yo creo que todas las personas hemos sido lastimadas, ofendidas, calumniadas y/o, traicionadas alguna vez por alguien; alguna vez alguien se ha burlado de nosotros y nos ha avergonzado delante de los demás. Los cristianos sabemos muy bien la importancia de perdonar porque sabemos que es un mandato de Dios. La Biblia contiene muchos versículos acerca del perdón que estamos llamados a dar. Pero, aunque lo sabemos, muchas veces se nos hace muy difícil particularmente cuando ese sufrimiento nos ha sido causado por alguna persona a quien amamos o en quien confiamos.

Algunas veces me han preguntado si es correcto decir “*perdono, pero no olvido*”. ¿Se puede perdonar realmente así?, es decir, ¿hay un verdadero perdón cuando expresamos esa frase? Pero por otra parte, ¿es posible realmente olvidar el daño que nos causó alguien? La respuesta que siempre doy es sí y no, dependiendo de qué quieren decir con el “*pero no olvido*”. Si por “*pero no olvido*” quiere decir que todavía causa dolor o un sentimiento de rencor, entonces no es correcto; y generalmente esto es lo que se quiere expresar con esta frase. Por otro lado, si cuando por alguna razón lo recordamos, o nos lo recuerda alguien más, ya no causa dolor, ni ningún sentimiento de coraje o de rencor, entonces está bien, porque podemos usar eso que nos pasó para dar testimonio de Cristo y de su sanidad para ayudar a otros. El punto aquí es reconocer cuál es nuestra actitud frente a la ofensa que nos hicieron.

Alguien me puede decir: “*Pero, pastor, la Biblia dice que Dios olvida nuestros pecados*”. Es verdad, pero el sentido de olvidar es no traerlo a la memoria. Es decir, Dios no trae a su memoria los pecados pasados que ha perdonado para que se acumule su disciplina hacia nosotros cuando fallamos. Un juez en la Corte dicta sentencia contra alguien que ha cometido una falta y esa sentencia puede ser más larga o corta dependiendo si se trata de un infractor reincidente o no. Dios no actúa así, su disciplina hacia nosotros es siempre nueva aunque se trate del mismo pecado cuando ya nos ha perdonado antes ese tipo de pecado. Muchas personas sí los cuentan y los acumulan en sus mentes y corazones para juzgar; eso es traerlo a la memoria, pero Dios no, Él nos ha perdonado y

punto. Si alguien está trayendo a su memoria las ofensas de otro, entonces no ha perdonado de verdad. El Apóstol San Pedro quiso “presumir” de su espiritualidad con el Señor cuando le dijo que si debía perdonar hasta siete veces, porque la costumbre era perdonar hasta tres; pero el Señor le dijo que no siete sino hasta setenta veces siete (*Mt. 18:21-22*). Lo que el Señor le estaba diciendo a Pedro es que no lleve un registro del número de veces que nos han ofendido. En otra ocasión, el Señor Jesús les dijo a sus discípulos, es decir, a ellos, pero también a usted y a mí, que cuantas veces se arrepienta alguien de habernos hecho daño, le perdonemos (*Lc. 17:3-4*). No acumulamos rencor porque el rencor se hace cada vez más grande, cada vez más difícil de manejar y cada vez más dañino, y el más perjudicado es siempre uno mismo que ha sido la víctima. Por eso es conveniente perdonar rápido, para no dejar que se acumule.

En pocas palabras, cuando nosotros sabemos perdonar de verdad, significa que no traemos a la memoria el dolor y el sufrimiento que nos ha causado alguien en el pasado. Así que en ese sentido sí olvidamos. Pero por otra parte, el Apóstol Pablo dice que todas las cosas ayudan para bien para los que aman al Señor (*Ro. 8:28*). Nosotros podemos usar esas experiencias para ser de bendición para alguien más y mostrar que Cristo puede sanar cualquier herida. En ese sentido no olvidamos lo que nos pasó. Así que más que olvidar o no olvidar, es la actitud que nosotros mostramos frente a la ofensa.

Sin duda alguna, el mejor ejemplo de perdón nos lo da el Señor Jesucristo. Él vino a este mundo para traer perdón de pecados, Salvación y vida eterna. Vino para que pudiéramos restaurar la relación perdida con el Padre por causa del pecado que nos separaba de Él. Vino solo para cosas buenas; no vino para condenar, sino para salvar (*Jn. 3:17*). Sanó de enfermedades a cuantos pudo y liberó de demonios a muchos, y hasta resucitó de entre los muertos a algunos, y muchos fueron testigos de esto. ¿Y cómo fue recibido? La mayoría lo rechazó, fue difamado, maltratado y se burlaron de Él; y fue acusado falsamente, juzgado injustamente, azotado con crueldad y sentenciado a la muerte más dolorosa y vergonzosa siendo inocente.

Sin embargo, en el Calvario, pudiéndose bajar de la Cruz, no lo hizo por obediencia a su Padre y por amor a nosotros. Y pudiendo mostrar la ira de Dios pidiendo venganza para sus asesinos y todos lo que le rechazaron para que aprendieran que Él es quien dice ser, en lugar de hacer todo

esto, lo primero que dijo el Señor estando ya crucificado en la Cruz fue: *“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”* (v.34). ¿Qué quería decir el Señor con estas palabras? Ellos sabían muy bien lo que estaban haciendo, lo hacían muy seguido, estaba en la ley de Roma. Ellos estaban asesinando a un hombre torturándolo hasta el cansancio; lo estaban disfrutando, se reían de Él y los soldados que lo ejecutaban hasta estaban sorteando sus vestidos. Pero eso no es lo que quería decir el Señor. Él pedía misericordia a su Padre por aquellas personas porque no habían entendido nada; ellos creían que estaban crucificando a un loco revoltoso, a un blasfemo. No habían entendido que estaban matando al Hijo de Dios, pero eso no les cabía en sus corazones llenos de odio y rencor. Ellos prefirieron perdonar y soltar a un asesino como Barrabás, en lugar de *“perdonarle la vida”* al Nazareno que en realidad ningún daño les había hecho; solo les había enseñado el amor de Dios hacia ellos y cómo ellos debían amar a Dios. Y muchos de los que fueron testigos de todas esas cosas hermosas que el Señor hizo por ellos eran los que gritaban ¡Crucifícale!, ¡crucifícale!

Aquí vemos los dos lados opuestos en torno al perdón. Por un lado, los que no podían “perdonar” al Señor, y por el otro lado, el Señor perdonándoles. Pilato mismo le dijo: *“¿No sabes que tengo autoridad para crucificarte, y que tengo autoridad para soltarte?”* (Jn. 19:10b). Cuando Pilato les pidió a los judíos soltar a Barrabás, él esperaba que los judíos escogieran liberar al Señor Jesús, porque Barrabás era un criminal reconocido y temido. La palabra *soltar* o *liberar* es una forma de decir *perdonar*, de hecho, la palabra *perdonar*, en griego, significa literalmente *liberar*. Los judíos tuvieron esa oportunidad, pero estaban cegados por la ira.

Antes de continuar con el mensaje, déjeme aclarar algo para evitar malentendidos en lo que digo: Nosotros sabemos que ellos no tenían nada que perdonar al Señor, esto lo tenemos bien claro, pero en el pensamiento de ellos sí y el pensamiento de ellos me sirve para ilustrar lo que quiero enseñar acerca del perdón.

La falta de perdón produce un enojo cada vez más creciente, y produce amargura en nuestro corazón. El enojo va creciendo cada día más hasta convertirse en odio, el odio se convierte en furia, y la furia desencadena en acciones que pueden ser peligrosas; desde destruir relaciones, destruir vidas y ministerios, hasta la muerte física. La falta de

perdón genera un deseo de venganza que puede desembocar en cosas trágicas e irreparables. Muchos crímenes se han cometido por un segundo de ira fuera de control.

Como he dicho otras veces, el problema del pecado es que es contaminante y se va extendiendo por todas partes de nuestro ser, afectando no solo nuestra vida, sino la de otros a nuestro alrededor. El estar encerrado en nuestro dolor y en nuestro enojo produce otro mal en nuestra vida: la amargura.

El Diccionario General de la Lengua Española Vox, define la amargura como el *“sentimiento duradero de frustración, resentimiento o tristeza, especialmente por haber sufrido una desilusión o una injusticia”*. La raíz de esta palabra, en griego, significa *punzar, pinchar o clavar*. La amargura punza hasta lo más profundo del corazón. El problema con la amargura es que empieza a formar parte de la persona que la tiene y se convierte en un estilo de vida. En la Biblia dice se habla de la amargura como una raíz, y la raíz alimenta y sostiene al árbol, le hace dar hojas y fruto. Así, la amargura en las personas, les hace producir frutos amargos y por eso muchos son identificados como “amargos”; sus expresiones y sus acciones los delatan aunque quieran esconderlo.

El Apóstol Pablo escribió a los Hebreos (*Heb. 12:15*), que la amargura es como un veneno que contamina; contamina no solo nuestro corazón, sino a las personas que están a nuestro alrededor; es como el cigarro de segunda mano que mata no solo a la persona sino que daña a los que están cerca de esa persona. Y también dice que la amargura nos impide vivir bajo la gracia de Dios. Esto no tiene que ver con la Salvación como algunos apuntan. Es más bien, que Dios está derramando su gracia traducida en bendiciones, en cosas buenas para nosotros, pero nosotros hemos elegido salirnos de esa área, por así decirlo, en donde Dios derrama su gracia, para seguir enfocados en nuestro dolor. La amargura nos hace sentir que nuestra vida no tiene sentido, que no vale nada, que no significa nada.

Enojo y amargura son dos resultados de la falta de perdón. La falta de perdón hace que nuestro enfoque esté únicamente en lo que nos pasó, en lo que nos hicieron y en la persona o personas que nos lo hicieron. La falta de perdón nos hace quedarnos encerrados en nosotros mismos y por eso nos consume. La falta de perdón no nos deja vivir en paz, ni felices y,

por supuesto, afecta a las personas que están a nuestro alrededor y que no tienen nada que ver con lo que sentimos y vivimos.

Así que aquí hay solo dos opciones: o llenarse de enojo y de resentimiento y quedarse estancado allí, o podemos perdonar y seguir adelante en la vida. Si nos quedamos estancados, entonces enojo, odio y amargura vienen a nuestras vidas; estas cosas harán que la gente se aleje de nosotros; con estas cosas vienen daños espirituales, emocionales y hasta físicos, como dolores fuertes de cabeza y hasta enfermedades. Pero si decidimos perdonar y seguir adelante con la mirada puesta en Dios, con el anhelo de ser felices libres de enojos y amarguras disfrutando de Dios, de sus bendiciones y de las personas que Él pone a nuestro alrededor que nos aman y nos dan felicidad, entonces seremos sanados. Si somos creyentes en Cristo, la segunda opción es la única para nosotros, porque el llamado a perdonar es un mandato de Dios y le Señor dijo que si lo amamos, entonces guardemos sus mandamientos (*Jn. 14:15*)

¿Cómo perdonar?

**1. Reconociendo que estamos en pecado.** Sí, porque la falta de perdón, con todo lo que vimos que acarrea, es un sentimiento que no proviene de Dios. Debemos pedirle perdón a Dios y entregarle a Él este sentimiento negativo. La Palabra de Dios nos dice que si no tenemos la voluntad de perdonar a otros, Dios tampoco nos perdonará nuestras ofensas (*Mt. 6:14-15*). Dios nos ha llamado a amar y el rencor es opuesto al amor; es pecado.

**2. Orando por quienes nos han hecho daño (*Mt. 5:44*).** Nuestra oración debe estar enfocada en que Dios toque las vidas de aquellos que nos hicieron daño para que sus vidas sean cambiadas por Dios. El Señor Jesús, en nuestro relato de hoy, oró por quienes le hicieron daño (*Lc. 23:32-34*). Esteban oró por quienes lo estaban apedreando hasta morir (*Hch. 7:60*).

**3. Mostrándoles el amor y la misericordia de Dios que está en nosotros** aunque ellos no lo pidan, aunque no lo valoren, y aunque no muestren arrepentimiento, porque así estaremos haciendo la diferencia mostrando que nosotros somos hijos de Dios (*Mt. 5:40-42*). He dicho muchas veces que el amor se muestra con acciones. No es solo que ya no queden las ganas de vengarnos o de que de alguna manera reciban su

merecido, es ayudarles cuando estén en alguna situación en que podamos ayudar.

**4. Recordando que usted también es pecador o pecadora y que Dios le ha perdonado y le perdona a usted siempre.** Eso nos lo recuerda el Señor en la oración del Padre Nuestro (Mt. 6:12, 14, 15).

**5. Siguiendo adelante con su vida,** creciendo en el conocimiento de Dios, en el servicio a Dios, alcanzando metas; siendo agradecidos y disfrutando de las bendiciones diarias que Dios nos regala.

### Conclusión.

La palabra que se traduce del griego como *perdón*, también puede ser traducida como *liberar*. El perdón es precisamente eso, una liberación. Pero es mayormente una liberación para nosotros mismos porque nos liberamos de esa carga tan pesada y dolorosa que nos roba la paz y el gozo, nos amarga la vida y la de las personas que nos rodean, y no nos deja ser felices; mientras que quizás la otra persona vive de lo más feliz y contenta. Liberamos a la otra persona cuando nos pide perdón, pero nos liberamos nosotros mismos cuando no nos piden perdón.

El perdón nos lleva a la restauración. Lo ideal sería que las relaciones se restauraran, pero sabemos que por muchas razones esto no siempre es posible. Lo principal entonces es que no quede en nosotros ningún deseo de que a ellos les vaya mal. Tal vez ya no se pueda restaurar la relación, pero sí seremos restaurados nosotros y Dios sí restaurará nuestra relación con Él. Aquí, déjeme aclarar algo: Perdonar no es dejarnos que nos hagan lo que quieran, las veces que quieran. Si alguien está haciéndole daño constantemente, perdone y mantenga una sana distancia de esa persona, pero si después esa persona le necesita ayúdele con prudencia y con madurez sobre todo cuando esa persona no se ha arrepentido de habernos dañado. Así le estará mostrando el amor de Dios que está en usted. No tenemos que ser los mejores amigos de esas personas, pero tenemos que mostrarles el amor de Dios que ha cambiado nuestras vidas y que puede hacer que las vidas de esas personas cambien también.

¿Podemos pedir por justicia cuando se nos ha hecho daño? Sí podemos, entendiendo lo que significa justicia. Justicia no es pedir a Dios que castigue a quien nos hizo daño; justicia es pedirle a Dios que nos

restaure a nosotros, que nos levante a nosotros; e pedirle que nos vuelva la paz y el gozo que hemos perdido o que nos han robado. Justicia es que si alguien nos difamó, el Señor limpie nuestro nombre; si alguien nos dañó, que el Señor nos sane; si alguien nos robó, que el Señor supla para toda necesidad; justicia es pedirle que ya no nos lastime cuando alguien nos recuerda lo sucedido. En pocas palabras, justicia es pedirle a Dios que el mundo vea que Él está con nosotros y en nosotros. Lo que el Señor vaya a hacer con la otra persona es asunto únicamente de Él. Es más, nuestra oración por aquella persona que nos dañó debe ser que el Señor tenga misericordia de esa persona, porque Él ha prometido que de Él es la venganza y que Él pagará.

¿Es difícil? Claro, puede ser, de hecho, imposible si nos quedamos encerrados en nosotros mismos y en el daño que nos causaron. Es imposible si mantenemos el deseo de venganza; es imposible si ponemos condiciones para perdonar. Pero es posible si nos refugiamos en el Único que nos puede sanar las heridas y llenarnos del amor que todo lo puede, que todo lo restaura: Dios. Si hay alguien en su vida a quien necesite perdonar hágalo hoy mismo; ponga a esa persona en las manos de Dios. Perdone no solo de palabra, sino con hechos. Amén... Vamos a orar...